

Año XXXVII — N° 1814 — Montevideo, febrero 11 de 1968

EL DIA

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



Estampa del norte uruguayo

En las
ciudades de
Artigas y Rivera,
estos burritos
se utilizan
como animal
de carga.
Hace 50 años,
Juan Ramón Jiménez
inmortalizaría
en un libro impar
a otro borriquillo,
que acompañaba
al poeta por
las tierras
andaluzas de
Moguer.

(Del archivo
fotográfico de
Anibal Barrios
Pintos)

CUANDO se estudia el desarrollo y la evolución de una ciudad como Montevideo que aspira a ocupar un lugar destacado entre las principales del mundo y entramos a desentrañar sus grandezas y miserias, no podemos evitar el análisis de sus características más salientes.

Los espectáculos deportivos, tanto como las diversiones públicas, son la expresión de su moral, tra-sunto fiel de las costumbres y los sentimientos del pueblo.

Estos conceptos mantienen su vigencia, más ahora que se pretende restablecer las corridas de toros, con el pretexto de estimular las corrientes turísticas hacia nuestro país.

Las corridas de toros se distinguen de todas las otras fiestas por un rasgo característico —decía Batlle y Ordoñez— *el de hacer asunto de agradable entretenimiento, el dolor y la muerte...*

Este pensamiento de un gobernante que orientó a un gran sector de opinión pública, se expresó cuando todavía el *"ruedo de la Unión"* atraía a numerosos aficionados, en su mayor parte, españoles radicados en ambas márgenes del Plata.

La atracción por los toros, heredada de la vieja afición hispana, se manifestó, entre nosotros, desde que Montevideo era una aldea cuya población sobrepasaba algunos centenares de personas.

En el transcurso del siglo pasado las lides entre hombre y bestia, no siempre favorables al primero, eran frecuentes como lo eran también las protestas cuando el público, ávido de sangre y enardecido, se consideraba defraudado por el comportamiento del toro o de su ídolo.

Por ello resulta interesante conocer su historia, plena de anécdotas y acontecimientos desgraciados.

Las primeras corridas de toros

Las causas aparentes de su introducción en el país fueron razones de beneficencia, ya fueran de interés público o religioso. La real y oculta consistía en explotar el deseo contenido de los primeros pobladores por esos espectáculos, resabio de los tiempos antiguos en que el derramamiento de sangre era la diversión favorita de los "grandes señores" y de las castas encumbradas.

Cuenta Isidoro de María, en sus tradiciones y recuerdos de Montevideo antiguo que, en 1776, se autorizaron simulacros de corridas *"en beneficio de la compostura de calles que carecían completamente de empedrado..."* Más tarde se hizo lo mismo para financiar la compra del terreno donde se construiría el hospital. Con ese fin se improvisó una plaza de toros, la primera que existió en Montevideo, *"a espaldas del que, doce años después, fue el primitivo Hospital de Caridad"*.

Las autorizaciones acordadas por el Cabildo a Juan Balbín de Vallejo (1779), y a Antonio Moreno (1880) significaron ingresos de 125 pesos! y 120 pesos!, respectivamente.

Algunos años más tarde, en las postrimerías del siglo XVIII, el Cabildo autorizó a Sancho Escudero la construcción de una plaza cerrada debiendo pagar únicamente —decía el convenio— *"veinte pesos corrientes"* por cada corrida, para financiar *"la construcción de la Matriz nueva"*.

En cuanto al plazo se estableció *"mientras dure la fábrica, o que teniendo prohibición real, sea el ánimo de esta ciudad el que quede entablada la plaza y sigan las corridas, sin término..."*

Todo esto ocurría antes que Cipriano de Melo (*) hubiera levantado la Casa de Comedias, o que se hubieran bailado, junto a las murallas, los primeros Candombes, desahogo ancestral de los esclavos africanos, víctimas del tráfico negrero que, por esa época, empezó a infectar al continente americano.

Los acontecimientos históricos que siguieron al Grito de Asencio hicieron enfriar este entusiasmo por los toros hasta su resurgimiento en tiempos de la dominación portuguesa que los incluyó como parte de las fiestas públicas. En 1835, bajo el gobierno de Oribe la plaza de toros se trasladó hacia el límite del ejido, inmediaciones del actual Palacio Municipal.

Primeras reacciones contra las corridas de toros

En una de las corridas realizadas en 1835 el público, en un ataque de indignación colectiva porque los toros ofrecían poca combatividad, destruyó las instalaciones desahogando su furia contra la policía que trataba de contenerlo. Fue, a raíz de ese incidente, que las autoridades prohibieron las corridas y dispusieron la demolición de la plaza que funcionaba en el Cordón. El asunto fue apelado ante la Cámara de Diputados. El informe evacuado por la Comisión de Peticiones que integraban Joaquín Suárez y Ramón Masini fue contrario a la reanudación del espectáculo por entender que *"esas fiestas sólo sirven para estimular la ferocidad de los pueblos, para alejarlos de las ideas más elevadas, acostumbrándolos a divertirse con la muerte de animales útiles y con la del hombre a quien su*

desgracia arrastra a lidiar con las fieras y que tarde o temprano exhala su último aliento en tan indecorosa palestra".

Extraña ironía

El informe de la Comisión, pese a su éxito inmediato, no dio el resultado que sus redactores esperaban. Al finalizar ese año, el Gobierno por un nuevo decreto, autorizó *"la celebración de 55 corridas, realizadas las cuales la plaza sería demolida"*.

Cuéntase con tal motivo que, en una de las primeras corridas de esa temporada *"se lidiaron toros de tres ganaderías nacionales que ostentaban, según avisos de la prensa, las siguientes divisas: CELESTE, ROJA, AZUL y BLANCA"* colores que, al decir de Eduardo Acevedo, servirían al año siguiente *"de divisa a los hombres para combatir los unos en torno de Oribe y los otros en torno a Rivera"*.

Restablecida la paz en 1851, nuevamente se replantea la conveniencia de recurrir a las corridas de toros como forma de solucionar los problemas económicos causados por la guerra. En 1852 el gobierno encomendó al arquitecto Garmendia la construcción de un nuevo circo, esta vez en la Villa de la Unión inaugurado con gran afluencia de público el 16 de diciembre de 1855.

Todos los medios de transporte disponibles se utilizaron para llegar hasta la Unión. No existían todavía los tranvías de tracción a sangre inaugurados recién en 1868. La caravana de aficionados partió de la Plaza Independencia convertida, a partir de entonces, en centro de información y de actividad taurófila. La tarifa que se abonó por el transporte variaba desde *"seis vintenes en carros con toldo hasta cincuenta pesos por los carruajes de alquiler"*.

El comienzo de la nueva plaza dio lugar a que se interpelara, en la Cámara de Senadores, al Ministro de Gobierno Dr. Castellanos resultando, de la misma, que las corridas habían sido autorizadas por el Gobierno para resolver la grave crisis que *"vivía la Villa de la Unión como consecuencia de la paz de octubre y la clausura del puerto del Buceo"*.

La plaza de la Unión centralizó, desde su inauguración en 1855 hasta su abandono en 1912, la actividad taurina en Montevideo. Fue en ella que andando el tiempo ocurrirían algunos sucesos, propios del espectáculo, que dieron motivo a la sanción de las leyes que habrían de poner término a las corridas de toros en las plazas uruguayas.

Los accidentes se suceden y las críticas recrudecen

A raíz de un accidente acaecido en una corrida que tuvo lugar en 1857, el doctor Juan Carlos Gómez escribía en *"El Nacional"*: *"El sacrificio de la vida en las astas de un toro es un suicidio y la religión tiene razón en negar al torero el entierro en sagrado como una protesta de la moral ofendida. Las corridas de toros habían dejado ya de estar en nuestras costumbres. El pueblo las había olvidado y buscaba los placeres de los teatros, de los circos o de otros pasatiempos educadores e inofensivos"*.

Haciendo referencia a las razones que se invocaban para restablecer las corridas expresó: *"Fueron restablecidas las corridas a pretexto de fomentar a la Villa de la Unión cuya decadencia se temía... La Villa de la Unión no debe ningún progreso a la plaza de toros. Los omnibus han valido para el adelanto de la Unión lo que valdrían cien plazas de toros funcionando todos los días"*.

Algunas anécdotas

En las crónicas que llegaron hasta nosotros sobre esta clase de espectáculos no faltan sucesos que, si no llevaran en sí mismos el germen de la miseria humana, serían motivo de risa. Era común, por ejemplo, que los toros saltaran las barreras ocasionando víctimas entre los espectadores debiendo, en algunos casos, ser muertos a tiros antes de que las cosas se agravaran. Cuéntase que, en una corrida de la temporada 1865-66, un paisano molesto e indignado por la indecisión de los toreros ante la bravura del animal, saltó a la arena, facón en mano y ante la sorpresa general, *"de un solo golpe desnucó al toro..."*

Lo que quiere el público aficionado a los toros

El doctor José M. Gutiérrez, redactor de *"La Nación Argentina"* de paso por Montevideo escribió en 1868: *"La impresión que se recibe es fuerte y desagradable. Sienten los novicios algo como una acusación de complicidad en este sangriento espectáculo que han ido a presenciar, pues es en HONOR y para diversión de todos que aquel se exhibe..."*

Lo malo del espectáculo no radica solamente en el aspecto sentimental. También radica en el enloquecimiento que experimenta una parte del público y, aun mismo de los empresarios, por la falta de bravura de los toros. Causa que llevó en alguna oportunidad a que se *"desgarretaran los toros mansos con la media*

luna", en presencia del público, en lugar de sacarlo a lazo como correspondía.

El ocaso de las corridas

Cuando tal cosa ocurría, el público la emprendía contra las instalaciones a las que, después de destruir las se les prendía fuego como ocurrió en 1874, con la plaza de la Unión. En esta oportunidad un fuerte movimiento de opinión pidió la sanción de una ley que prohibiera las corridas en las cuales, según decía *"El Siglo"*, *"se acostumbraba a ver padecer y morir a los animales más útiles y de que mayor provecho saca el hombre"*.

No obstante las corridas, por una u otra causa, salían airosas de la prueba a que las sometía la indignación popular o periodística. Así se explica que en 1880, en tiempos de Latorre, las corridas alcanzaran su máximo esplendor. Por entonces la concurrencia arrojaba cifras que superaban todos los registros, como ocurrió en enero de ese año, en que las *"damas de alcurnia"* prestigian con su presencia *"el brillo de estas fiestas"*.

Comentando el hecho escribió *"El Siglo"*: *"El espectáculo es bárbaro. Bárbaro es llevar los caballos al matadero. Bárbaro es también enfurecer al toro clavándole en los costados algunas pulgadas de hierro y abrasándole a veces la carne viva con el fuego que arde dentro de ellas... Es bárbaro sobre todo hacer una fiesta del tormento de los animales y del peligro de los hombres, excitar de esta manera todos los instintos feroces que duermen en el corazón del hombre*

Un aspecto de la plaza de toros durante una corrida en 1876. El "picador" entra en acción mientras los toreros están atentos a la reacción del animal. El público observa lo que está ocurriendo en el ruedo.

(Foto del Archivo Municipal)



Resabio de otra época **Las Corridas de Toros**

...luchar gritos de salvaje alegría ante el espectáculo sangriento del circo..."

Se prohíben las corridas de toros en todo el territorio nacional

Las críticas periodísticas, la opinión de prestigiosas personalidades contrarias al mantenimiento de estas fiestas bárbaras y los acontecimientos que se sucedieron fueron preparando el terreno favorable a su prohibición.

Una ley por una cornada

Corría el año 1888 cuando en las corridas de toros, el torero español Francisco Joaquín Sans, apodado Punteret, recibió una grave cornada falleciendo pocos días después. El hecho dio motivo a que se pidiera, una vez más, poner término a las corridas. Esta vez las gestiones tuvieron éxito por cuanto el Parlamento sancionó la ley, promulgada el 12 de setiembre de 1888, por la que "se prohíbe el espectáculo denominado corridas de toros en todo el territorio de la República". "Una ley por una cornada", dijo "La Razón", comentando el acontecimiento.

No obstante las cosas no se resolvieron como se esperaba. La lucha entablada contra esta costumbre era sumamente dura. Tanto es así que, poco tiempo después de promulgada la ley, la misma Asamblea General dio marcha atrás al conceder una prórroga de dos años para el cese total de los espectáculos.

Las corridas se fueron sucediendo con más o me-

nos suerte. Frente a la repetición de los hechos desgraciados se limitó su ferocidad autorizándose solamente "corridas con toros embolados y con suertes simuladas".

Así llegamos a 1912, año en que el Presidente de la República, don José Batlle y Ordoñez, impulsó la ley por la cual se prohibían "las parodias de corridas de toros en el país y de todo espectáculo que signifi- que causar sufrimiento a los animales".

Esta vez la insistencia de los interesados en explotar la lidia entre hombres y bestias, encalló ante la energía del gobernante. Por esa época las fiestas taurinas se celebraban en el Real de San Carlos, cuya empresa había logrado permiso para realizar corridas con toros embolados, conocidas por Fiestas de Sevilla. Con el propósito de atraer los aficionados de Buenos Aires la empresa se extralimitó en sus facultades restableciendo ilegalmente algunas suertes como las llamadas "pica" y "banderilla" para dar más emoción al espectáculo. El hecho provocó su prohibición total.

Ruleta por toros

Para poner punto final a la incidencia y anular toda posible reclamación por parte de la empresa, se llegó a un acuerdo por el cual se otorgaba al Real de San Carlos un permiso para explotar juegos de azar en forma similar a los que regía en el Parque Hotel.

Llegaban, entonces, al país 50 toros consignados al Real de San Carlos. El gobierno del país ordenó que fueran castrados, basándose para ello en que "el

toro de lidia, por su bravura y escaso peso", no era conveniente para su explotación, en el país, como carne de exportación.

La historia se repite

Tal es, expresada sintéticamente, la historia de las fiestas taurinas en el Uruguay, desde los primeros años de la Colonia hasta el año 1912 en que fueron radiadas definitivamente del escenario nacional.

Pero, sus panegiristas no cejan en sus intentos de restablecer las corridas en el ruedo de San Carlos, so pretexto de estimular al turismo.

La iniciativa no ha de prosperar. "¿Cómo aceptar que se introduzca a título de negocio, cuando los sentimientos nacionales" — dice EL DIA en reciente editorial — "se han educado durante más de medio siglo, precisamente en el repudio del crimen taurino?". Aún, este concepto que comparto: "Es obligación del Estado evitar que se extiendan focos que, como las corridas de toros, obran al modo de agentes nocivos y perturbadores en el plano del pensamiento y de la cultura humana".

Ing. Ponciano S. Tor
(Especial para EL DIA)

(*) Cipriano de Melo. Véase el Suplemento del 2º/VIII/1965.

ERRATA: En el Suplemento del domingo 31 de febrero de 1967 en la fotografía que aparece en la inferior de la página 4 se cometió un error. Donde intersección de Agraciada y Paraguay..., debe de intersección de Agraciada y Lucas Obes..., subsanar el texto.



Una vida cambia de rumbo

• El 16 de diciembre del año 1898 y en el pueblo de San Benito — damos la fecha y el sitio exactos pues exacto es el hecho que vamos a historiar — se dio una actuación policial por parte del segundo comisario del citado pueblo, singularísima en el más alto grado.

A la comisaría llegó un vecino, el día citado, y en forma reservada habló con el comisario:

—Oiga, capitán: en la pulpería del Mellao vide recién apearse un hombre. Ese hombre, sin más y sin menos, era el Gato Amarillo.

El capitán sintió que se petrificaba sobre su asiento. Se trataba de un bandido que tenía sobresaltado y encogido a todo el departamento fronterizo. Cada vez que cruzaba la línea rumbo al Brasil la huella que dejaba era tétrica; cuando la cruzaba de vuelta, allá del otro lado dejaba otra idéntica. Las policías rurales de dos naciones vivían en constante espanto pues en las defunciones habidas el porcentaje de milicos era muy alto. El comisario reaccionó lentamente.

—Bueno — expresó — de esto no digas nada a nadie, y menos a tu socia pues chisme en boca de mujer es como si se le delondara el barril al aguatero. Si prendemos al Gato el gobierno te va a pagar muy bien la comisión hecha; en el parte tu nombre va ir en la primera línea. Andate.

Ido el vecino el capitán gritó:

—¡Cabo Junco! — Apareció el cabo. — Vaya a lo del segundo Camejo, despiértelo de la siesta que ha de estar haciendo y dígame que se presente sobre inmediatamente.

En tanto el sol trataba su arco haciendo vibrar la soledad del pueblo, el capitán meditó como le iba a hurtar el cuerpo al bandido.

—A este segundo — murmuró en una de esas —

un día le va ser dormir la siesta colgado de una pata en el farol de la esquina pa que el pueblo vea cómo procede la autoridad...

Pasada una hora compareció el segundo a quien la maledicencia pública le había puesto Nariz de Pitanga porque la cantidad de licor brasileño que absorbía diariamente se la había puesto mora.

—Vea, segundo — habló el comisario — tendría que decirle algo relacionao con el reglamento policial pero lo dejo pa otra ocasión pues hay un asunto más peiudo pa tratar. Y acomódese pues lo que le vio comunicar es peor que rociada de trabuco.

Camejo comenzó a disipar la niebla en que venía envuelto.

—Escuche y escuche bien; y aguante el sogazo como varón: ha caído al pueblo el Gato Amarillo. No hace dos horas que manió el caballo en la pulpería del Mellao.

El segundo Camejo tenía, como todos los hombres tienen, sus fallas, entre ellas una sobresaliente: un incommensurable amor a la caña y al naipe. Ante una botella caía en hondos éxtasis y frente a una baraja en lakiricos arrobamientos. Pero era hombre de acorado temple, dueño de un coraje tan grande como sereno. De ahí que el comisario, muchas veces, cuando tuvo que sancionarlo por tal o cual falta dejó de hacerlo al recordar hechos que el valor de Camejo había puesto sello de legendarios.

—Ta bien, capitán — expresó el segundo — es la primera vez que cái al pueblo esa visita. ¿Quiere que lo salude y se lo traiga y presente? No tiene más que ordenar.

—¡Ya se le estoy ordenando! Levante los milicos que necesite y proceda como le parezca.

—¿Así que usted no va dentrar en la comisión?

—¡Esa es cuenta de mi rosario, canejito!

El segundo conocía a fondo de qué pié rengueaba el comisario. Salió taconeando fuerte y sonriendo velado. Ganó el galpón del local policial, ordenó que le cebaran mate y comenzó a elaborar un plan.

—Dit con una retaguardia de milicos, no — pensaba. Sería como querer levantar una lechiguana zaptando un malambo. Dicen que el hombre ni mal siente ruido a corvos se desmorona del todo y es cuando tarinera en mano es como aspa de molino. No. Vía dir solo, sin quepi, sin chaquetilla y sin sable. De cevil y con mi puñal de despenar perros. Ande lo tope le doy voz de preso; y ande se resista lo bandedo.

Luego de aguachar bien la cebadura y rumiar mejot el asunto punteó a su rancho. De allí salió, noche ya, calzando bota cortona, luciendo pantalón de cajetilla y un ponchito vichará que apenas disimulaba el largo puñal. Lentamente cruzó las calles del pueblo cuyo polvo aún ardía; y se arrió a la pulpería del Mellao. Adentro ya le dijo al pulpero:

—¿Sabes qué forastero cayó al pueblo? El Gato Amarillo. ¿Lo conocés?

—¡El Gato A él no, segundo, pero a sus mentas las sé mejor que un compuesto.

—¿Qué clientes tuviste hoy?

—Mire: todos conocidos a no ser un rubio, melena como viruta, y ojos vidriosos, como bochones de jugar a la bolita.

—¡Ese es el Gato, Mellao, el mesmo Gato! ¿Pa ande enderezó?

—Tomós dos giniembras compuestas, me preguntó por el rancho de la Ciriaca. Dijo que volvía en seguida a pagar el gasto. Cuando le hice saber que yo no le daba ni a mi mesmo agüelo se rio un poco, primero, y después me clavó los ojos. Contestó: por dos gini-

EL LAGO MAS BELLO DEL MUNDO? — Existen los lagos de Escocia, de Inglaterra, los de Italia y los de Suiza, los del Canadá y los del sur de la Argentina y Chile, y también el de Atitlán, en Guatemala. Decir que este último sea el más bello del mundo sería hipóbole. Decir que haya otro más bello, mentira.

El encanto del lago de Atitlán aumenta por una circunstancia del momento: la soledad. Los turistas no lo han descubierto. No tiene un anillo de carreteras que entregue su belleza a un multitudinario carusel de turistas. Metido entre una garanta de montañas azules, bajo un cielo de otro azul, y con los otros azules de sus aguas, parece suspendido más allá del tiempo y del espacio. No es, con todo, inaccesible. Una carretera llega hasta la orilla: la que va de Chimaltenango a Chichicastenango. Pero es de aquellas poco transitadas, que en un país de turismo se convertiría en chorro continuo de caravanas de autobuses.

*

No faltan en torno al lago las aldeas. Hay doce: una para cada uno de los apóstoles. Como todo el círculo de las montañas está formado por despeñaderos, sólo puede llegarse a las doce aldeas por agua. En cada una las gentes tienen un traje de colores propios, pero hablan la lengua que entre ellos es común, el maya. Ese idioma los coloca en el ruedo mágico que no ha roto todavía la presencia cuadrangular de los blancos. La carretera única que llega hasta la orilla, culebrea por entre cañones de rocas, a veces perforados por huecos semejantes a los que hace el hombre para poner taladros. En el fondo de los huecos anidan ciertos pájaros, y la montaña se convierte en una pajarera de piedra. A distancia, se ven campos en donde se ha segado el trigo o cosechado el maíz. Parches de paja seca en donde el sol hace sus nidos, y tuesta sus oros, entre las manchas verdinegras de los bosques. Rodando así entre árboles donde florecen las orquídeas, peñas donde anidan las aves y lejanos paisajes de paja y de roble, se detiene a veces el viajero para mirar desde una bellavista o mirador altísimo el Atitlán profundo, con sus dos volcanes al fondo: el Tolimán y el Atitlán.

Los hoteles o posadas a la orilla del lago son lo que idealmente podría buscar el turista hecho a las perfecciones del motel saxo-americano. Entre jardines, cada departamento tiene sus flores, y en una jaula un pájaro cantor. En el centro, naranjos. Sobre las tapias de la carretera, volas de bugambil. Por las peñas del fondo, animales de caza. Al atardecer, en el comedor, el asordinado son de la marimba. Lo que da la tierra, y nada más. Tengo de vecinos a un americano y su mujer. Antes de venir a Guatemala se leyeron, página a página, el voluminoso libro de John Lloyd Stephens, y quedaron cautivos de su historia y de las acuarelas de Catherwood que lo ilustran. Cuando salgo, al amanecer, para asomarme al balcón del lago y ver las gracias de la aurora, ya la



mirador

americana, que cada mañana, desde hace ocho días, hace lo mismo, me pregunta: ¿Ha visto usted a la monja rezando? Y como se da cuenta de mi ignorancia, me muestra una orquídea, a la entrada de su departamento. Aparta las hojas para que yo vea el cáliz: en el fondo, realmente está la figura de una monja: la cabecita inclinada, las manos sobre el corazón. Estos americanos han vivido en la misma región de New Jersey en donde yo he pasado seis años. Nos sentimos vecinos de tiempo atrás. Por ellos, entre otras gra-

cias, vine a ver por primera vez esta orquídea, flor nacional de Guatemala. Sé de otros americanos del norte, picados del amor de estas montañas, y que a lo mejor llegaron fascinados por el mismo libro de Stephens. Esos otros vieron que estaba extinguiéndose una raza de patos propios de Atitlán, y se han empeñado en multiplicarlos otra vez, para que el lago siga siendo como fue.

*

Y así como fue, entre los siete vejos

de sus siete azules, vamos mirándolo desde la repisa de la carretera, camino ya de Chichicastenango. Como ocurre en los fiords de Noruega, cascadas. Hay una en que el agua sin golpear saltar sobre una roca pelada, de una altura de doscientos metros. Pero estos son detalles que apenas si dejarán un leve temblor, como de brisa que pasa sobre el campo azul. (ALA).

Germán Arciniegas

(Exclusivo para EL DIA)

aras naides duda de hombre, don. Montó, sentí elrote del montao y entodavía tenía metido en la entraña el resucio de los ojos...

—Es el mismo, sindudamente. Lo viá esperar. Que vuelva vuelva, no lo dudés, Mellao.

Sentóse Camejo y pidió una caña.

—¿Y usted se va topa con él, segundo?

—Es verdá.

—¿Y aquí mesmo? ¡Me funde la pulpería, segundo! En las pencas del Bajo Sucio, el Gato armó una trifulca, va pa un año, y la enramada ande se acudió quedó patas arriba, la paja brava del techao desperamada como a diez cuadas, calcúlele...

—No tengo nada que calcular, Mellao. El gasto que se haga se te pagará. Podés poner en él las cañas que vaya tomando.

El Mellao dio con el alma en tierra.

Media hora pasada se encuadró en la puerta el Gato Amarillo. Acomodó la mirada a la penumbra que el farol de la pulpería hacia del ambiente, niebla de querosén filtrado por una mecha que no se alisaba nunca y un tubo que no se limpiaba jamás. En un rincón el segundo Camejo.

—Güenas noches, —dijo el Gato—, sírvame otra compuesta, pulpero.

—Güenas pa algunos —habló Camejo poniéndose de pie bruscamente. La compostura te la viá dar yo, bandido. ¡Vos sos el Gato Amarillo, date presol

—¿El que...?

Lo que ocurrió fue fulminante. Relampaguearon dos puñales, hubo un chispear de aceros. El bandolero, en un salto felino, puso espaldas sobre una puerta lateral pues el segundo le había ganado la de la calle. En uno de los cuerpos del duelo la que apuntalaba al Gato crujió, cedió el pasador que la trancaba, se

abrió. Por ella pasó reculando el bandido y tras él Camejo multiplicando mandobles. Mudos ambos, fulgurante el mirar, apretados los dientes, se vieron en medio de un cuadro singular: ocho espectros, clavados los ojos en dos manos: una, que sostenía el mazo de un naipe; otra haciendo patinar una figura sobre la baraja. De vez en cuando el tallador las inmovilizaba y de él salía un tenue murmullo:

—Tapen el cuatro, copen si son guapos...

El cuadro, para quien no fuera timbero, era sobrecogedor: aquellos fantasmas hieráticos, sumergidos en la profundidad terrible del juego, ajenos a todo, hasta sus propias vidas... Pero el segundo lo sintió grato y el Gato no menos pues era hermano de aquel en la magia del monte. Ambos se sintieron suspendidos de aquellas manos embrujadas en tanto las armas homicidas comenzaron a humillarse ante el poderoso encantamiento del juego. Y otra vez el tallador desafiaba por la carta de la banca, que era un caballo teniendo un cuatro en contra. A Camejo de golpe le punteó en la memoria este cuarteto tahuresco: Caballo y cuatro en portía —dijo don Martín Sorondo— le gana el cuatro, aunque hondo —y abajo en contra judía. Ya subyugado del todo gritó:

—¡Copo al cuatro!

Ganó el cuatro y en tanto el segundo levantaba la plata, incluso la del Gato que había seguido al caballo, el tallador dijo:

—Ahora banque usted, segundo.

Así fue. Al fin Camejo despertó la rueda. Rezonando unos, maldiciendo otros, se fueron todos. Quedaron allí Camejo y el Gato, mesa por medio, mirándose. Hasta que habló la autoridad:

—Gato, tengo que prenderte y sé que eso no va ser cosa de gurises. Por lo tanto creo que sería mejor

pa vos y pa mí lo que te viá proponer. Agarrá el mazo, andá barajando mientras yo salgo a vaciar la vejiga, poné dos cartas boca arriba. Yo copo. Si erro me voy con vos a seguir tu bandidaje; si acierto yo arreglaré pa meterte de milico en la polecia. Ese es el trillo a seguir pa bien de no quedar de finaos aquí mesmo.

—Ta bien —dijo el Gato.

Y en tanto Camejo salía, el bandido, que era zahorí de la baraja, la acomodó para poner un cuatro y un caballo sobre el tapete y el mazo acomodado para que ganara el caballo. Volvió el segundo, que calculó muy bien la maniobra del Gato. Miró las cartas y copó al caballo. El Gato quedó un instante inmóvil, abismado ante aquel viraje que no esperaba.

—Pero...

—Corré las cartas, Gato, ¿qué tas esperando?

No tuvo otro remedio que tirar las cartas el bandido. A la tercera apareció el caballo. Rendido ante la fatalidad, caídos los brazos, flácidas las manos, murmuró:

—Pero, ¿y aquel versito, segundo?

—Es que hay otro pa turnarlo. Este: Cuatro y caballo peliando —dijo don Pancho Mezquita— le gana el pingó cerquita —el cuatro queda boquiando.

*

En la comisaría, luego de anunciado, el segundo se cuadró ante el comisario:

—Aquí ta el varón, capitán; no es gato ni amarillo, es hombre y rubio y quiere dentrar en la polecia. Y como el personal ta muy raliado...

Así fue como una vida cambió de rumbo.

José Monegal
(Especial para EL DIA)

MONTEVIDEO, con su paupérrima vida operística, tuvo en 1967 un destello de luz: el estreno de una ópera uruguaya. Fue "Marta Gruni", obra inspirada, dramáticamente interesante y técnicamente lograda, de Jaurés Lamarque Pons. Cumplió su ciclo —sorpresivamente intenso— de representaciones... y desapareció. Aunque existe la esperanza de que tarde o temprano se repita, ni el compositor ni el aficionado pueden contar con ello. La mayoría de nuestros lectores difícilmente podrá imaginarse qué suma de trabajo (sin hablar de la inspiración) se halla concentrada en la partitura de una ópera. Son miles de horas, son noches en vela, son un pedazo de la propia vida del autor. Y todo esto, por unas pocas veces que el telón del teatro se abre para hacer desfilar las figuras de la activa fantasía de poeta y músico han dotado de vida. Hay que ser un gran idealista para componer, actualmente, óperas. Y para serlo en Sud-

américa no encuentro palabra adecuada. Porque Sudamérica carece de vida operística propia, a pesar de una enorme afición por ese género. El Teatro Colón de Buenos Aires no constituye más que una excepción que confirma la regla: sus representaciones maravillosas se concentran —y es natural que así sea— en obras maestras de épocas pasadas y de alguna ópera contemporánea de autor famoso.

De autor "famoso", he aquí la palabra decisiva. Pero, ¿cómo se llega hoy día a ser famoso como compositor de óperas? Los grandes teatros del mundo buscan estrenos. Uno, a lo sumo dos por año. Los buscan entre los autores que ya gozan de cierto prestigio. Y han de ser estrenos porque sólo así la prensa internacional se interesa por ellos. La más activa de las óperas actuales, la de Hamburgo, estrena uno o dos títulos anuales. Concentra de esta manera durante una noche el interés de la afición y de los profesio-

nales mundiales. Teniendo "éxito" o no (¡cuán pequeñas a veces la diferencial!), la obra difícilmente halla en otros teatros que la ofrecerán. Uno o dos o tres, en la segunda categoría. Porque los de primera quieren estrenos. Y muchas veces no se encuentra ningún teatro dispuesto a dar la obra: su puesta en escena es costosa, el interés del público en música "moderna", limitadísimo, para la orquesta se necesitan numerosos ensayos (cinco o diez veces más que para una reposición "clásica"), lo mismo para el coro, los solistas no quieren "perder" tiempo en estudiar papeles difícilísimos para presentarlos tres o cuatro veces, a lo sumo.

De este modo, la ópera actual lleva una vida sumamente precaria en los escenarios. Sólo los autores "famosos", como dijimos, pueden contar con alguna que otra reposición de sus óperas. Pero, ¿quiénes son los compositores famosos de nuestro tiempo? Bartok, por supuesto, —muerto hace más de 20 años—

La lucha del compositor contemporáneo



"WOZZECK", DE ALBAN BERG, EMPIEZA A IMPONERSE, CUARENTA AÑOS DESPUÉS DE SU ESTRENO (FOTO DE LA ÓPERA DE VIENA).



"NANIARA", PRIMERA ÓPERA DE ASTRONAUTAS, CON MÚSICA PARCIALMENTE ELECTRÓNICA DEL SUECO BLONDAHL. FASE DINANTE EXPERIMENTO (HAMBURGO)

I La flor

EL niño corrió hacia la orilla del pantano y deslumbrado, rico, lleno de emoción gozosa, gritó señalando una flor de largo tallo airoso que balanceaba el viento:

—Una amapola, una amapola amarilla y azul!

Yo me acerqué ligera para tomarlo de nuevo de la mano y me quedé extática contemplando la dulce maravilla. No era una amapola y no pude saber qué nombre podría dársele. Las aguas quietas y espesas, sin brillo como los ojos de un animal muerto, sostenían y daban vida a aquel milagro de belleza y gracia, aquel cáliz sensible repleto de zumos y polen, aquellos pétalos tan delicados y nuevos como las mejillas del niño. Y me dije, pensativa:

—¿Entonces, es que siempre hay posibilidades?

Pensé luego que tenía que decir esto a alguien que estuviera desesperado, a alguien que hubiera perdido ya toda esperanza. Y me prometí escribirlo en algún lado, por si pudieran leerlo un hombre o una mujer que anduvieran sin rumbo, sin fe, con el alma perdida en la oscuridad.

II

La abeja

En un vaso lleno de agua se estaba ahogando una abeja, no sé por qué ni cómo. Tenía las alas empapadas y se movía desesperadamente para alcanzar el borde sólido. Frente a sí, próxima, estaba la salvación, pero sus esfuerzos resultaban inútiles, pues en el orden implacable de la relatividad de las cosas el agua contenida en el cóncavo recipiente de vidrio era un pequeño mar y ella un ser que naufragaba, exhausto, ante el cielo impávido. El niño, que miraba todo aquello

con atención suma, tomó de pronto una pajuela —sólo una corta pajita frágil y seca— y la puso debajo de la pobrecilla. Entonces ella se aferró con sus últimas fuerzas a la mínima cosa que le ofrecía la providencia para no morir y subió con esfuerzo por el tallo leve y quebradizo hasta llegar a la mano cálida de la criatura. Esta la dejaba hacer, con los ojos fijos, esperando lo que iba a suceder luego. La abeja sacudió las alas unas cuantas veces y después, liberada de su peso, emprendió el vuelo hacia el rectángulo claro de la ventana abierta. Yo pensé que también tenía que contar esto a alguien que, de algún modo, se estuviera ahogando.

III

El reloj

Fui a ver la hora en el reloj de mi mesa de luz, y me encontré con que se había parado hacía ya mucho tiempo. Estaba silencioso, muerto, o espesamente dormido, sin el animado tic-tac que es su aliento y su pulso. Me puse a darle cuerda y en seguida las manecillas empezaron de nuevo su lúcido movimiento de rotación en el tiempo infinito. Es que, ved: sin el poder taumatúrgico de Cristo, también nosotros podemos, a veces, resucitar a los muertos. Todo está en que sepamos cuál es la ruedecilla que hay que hacer girar a tiempo. Y tenemos la hermosa obligación de saberlo.

IV

El quinto mandamiento

Las ventanas abiertas en el verano, siempre dejan penetrar al interior de la casa alegres sorpresas: a veces algún colibrí o una mariposa, avispa, pétalos que hace bailar el viento, cantos, risas, el rumor de las calles, vaquitas de San Antón, escarabajos metálicos,

diludiums

Kindemith, cuyas obras más significativas datan de más de treinta años atrás (y muerto también él). Berg, muerto en 1935. No hablemos naturalmente de Puccini y Ricardo Strauss, convertidos hace mucho tiempo en clásicos y de cuyas obras mayores nos distancia medio siglo y más. Actualmente, Britten (inglés), Orff (alemán), Menotti (italo-norteamericano) y Strawinsky (ruso radicado en EE. UU.) gozan de la posición necesaria para que sus óperas sean representadas en los teatros; sin embargo, constituyen excepciones en el repertorio, también ellas.

Hace cien años los públicos se volcaron para conocer una obra nueva. Hoy la rehuyen. Hace cien años, los teatros vivían para dar a conocer las creaciones del momento; hoy viven del acervo pasado, cual museos sonoros. ¿Es que son "malas" las óperas modernas? Seguramente no. Existen entre ellas, como siempre, obras interesantes y otras, flojas. Pero todas

ellas son precisamente esto: "modernas". Modernas, quiere decir de acuerdo al estilo de la época. Y nuestro mundo actual que se entusiasma con los vuelos interplanetarios, que busca viviendas de acuerdo con los mayores adelantos de comodidad, que desea aprovechar al máximo las posibilidades del tránsito moderno, que no puede concebir la vida sin toda la maquinaria inventada en el último medio siglo, este mismo mundo da decididamente la espalda al arte de su propio tiempo.

Por un lado claman grupos jóvenes, claman periodistas avanzados por una aparición más frecuente de obras contemporáneas en los programas de conciertos y óperas. Por el otro protesta la "masa" de público contra su inclusión y no concurre cuando se ofrecen. Un dilema grave, gravísimo. Idea pueril la de muchos aficionados: que el compositor de hoy pudiese escribir como lo hicieron Bach, Vivaldi, Beethoven o

Chopin. Ningún creador es libre para concebir la obra, es sujeto al estilo de vida que rige su tiempo. En su obra la época ha de reflejarse tanto como su propia personalidad. ¿Cómo crear hoy una obra que refleje catedrales góticas, castillos románticos, vida burguesa del 1830? El arte de hoy ha de reflejar nuestro tiempo, con sus prodigiosos avances técnicos y sus graves problemas morales y espirituales, con su inmensa confusión, con su curiosa mezcla de grandiosidad y bajeza, de fe y de incredulidad.

Enfrentarse con el arte contemporáneo es como mirarse al espejo. Nuestra humanidad actual parece tener miedo de ver su propia imagen concretada y concentrada en el arte "moderno". Y esto condena al compositor contemporáneo a una posición ingrata, a veces desesperada, trágica.

Kurt Pahlen
(Especial para EL DÍA)

"EL CONSUL", VIBRANTE ALOCUCIÓN CONTRA LAS TI-RANÍAS, DE MENOTTI, INTERESA MÁS POR EL TEMA QUE POR LA MÚSICA (ZURICH).



"FIN DE UNA NOCHE DE VERANO" DE BRITTEN, TEMA SUPERCLÁSICO CON MÚSICA MODERADAMENTE MODERNA, ENCUENTRA ÉXITO EN VARIOS ESCENARIOS (HAMBURGO).

maullidos de gatos. Hoy, por la del comedor, se ha deslizado hacia adentro una rama flexible, color verde claro, y llena de gracia, de la "enamorada del muro" que recubre las paredes exteriores. Temiendo un desdichado gesto de la gente de servicio, quise devolverla con amorosa paciencia a su lugar. Pero el niño, que está siempre a mi lado, tomó de pronto el extremo de la ramita vagabunda diciendo con alegría:

—Un caracol col col!

Recordando otro que hubo en mi vida en los jóvenes tiempos de *El cántaro fresco*, me incliné con tierna curiosidad: un nuevo caracol de ámbar, estremecido de terror en su casa casi translúcida, al sentirse apresado! Todo parecía muy plácido, pero el pobrecillo estaría temblando, muriéndose de miedo, casi agónico dentro de su mínimo palacio armonioso. La criatura, con el sentido animal de la destrucción, levantaba ya su pequeño pie que, siendo él un bebé, yo solía comerme a besos, para aplastarlo contra el piso de la habitación, donde lo había depositado.

—No, Dido —grité desesperada—. Tú no matarás.

Levantó hacia mí los hermosos ojos cándidos, sorprendido.

—¿Por qué te enojas, "emi"? Apenas es un caracol tan chiquitito que ni siquiera sabe hablar... Y hacen tan hermoso crac! cuando se les aplasta...

Yo lo tomé del hombro dulce y frágil también, y lo llevé a mi dormitorio, estremecida.

—Oye, Dido —dije tomándole sus manecitas, que adoro—. Tú no matarás nunca. Ni a los seis, ni a los quince, ni a los veinte años, ni después, ni jamás, el ser humano debe matar. Es un mandamiento de Dios el Creador. Jesús transmitió su voluntad a los hombres en los Evangelios. Lo sabemos bien. Pero lo olvidamos miserablemente.

El me escuchaba silencioso agrandando con su pequeño dedo sonrosado y liso, un agujerito en la puntilla de mi vestido mañanero.

—"Emi" —me dijo luego de un segundo de reflexión concentrada—, ¿yo tengo que importarme también de todo eso?

Vi por sobre su cabeza enrulada, lejos, como en trance, la matanza diaria en todos los rincones de la tierra. Matanza de animales y de hombres. Con armas, con máquinas, con la impiedad de los corazones y el egoísmo y la incomprensión de los espíritus. En la calle, en las tablas y en los frigoríficos, en la guerra y en todos los rincones del planeta, donde un hombre tiene ambición o apetito. Los inocentes y los pecadores. Los que determinan y los que obedecen. Los que tienen poder y se reúnen en un cómodo gabinete para sacrificar a millares de seres que se precipitan en las fauces de la muerte en obediencia de una terrible palabra: "disciplina", sin pensar, sin analizar, sin rebelarse; y aún los que son movidos por esos motores llenos de banderas al viento que se llaman ideales, cuando en la tierra no hay más que un ideal único, recto, eterno: el amor pacificado entre los hombres. Debí haberme quedado pálida, con un rostro distinto al de todos los días. Estoy diciendo todo esto en unas pocas palabras incoloras, pero el niño tuvo que sentir que nos rozaba algo muy grande, porque me preguntó anheloso, besándome el brazo desnudo:

—¿Qué tiene, "emi"?

Volví a la realidad de ese momento secreto entre los dos. Y le rogué suspirando:

—Prométeme, Dido, que nunca, nunca, ni de ningún modo, nunca, nunca, matarás a nadie.

Y él, instintivamente solemne, respondió muy serio:

—Te lo prometo, "emi"...
(1966).

V

"SE ACABO"

El hombre rico, poderoso, inflexible, sentíase dueño y señor de cuanto consideraba de su propiedad

absoluta: su casa de banca, sus posesiones, sus empleados, su servidumbre, su mujer. Caro iba pagando la pobrecilla la riqueza y alta posición social que había alcanzado al casarse con él. Joven, hermosa, alucinada, pasó por todas las fases del engaño, hasta intentar, aún, la sumisión. Las resoluciones de él partían de sus exclusivas necesidades, preferencias o convicciones propias, sin tener para nada en cuenta a los demás, y menos a ella, su propiedad de lujo.

—Vamos a dormir. Me muero de sueño.

—Come. Estoy con hambre.

—Bebe este refresco. Tengo sed.

—Mañana comulgaremos. He de estar bien con Dios.

—Vámonos a Europa. Sueño encontrarme en París.

—Ponte el tapado de piel. Tiemblo de frío.

Más tarde, ella comenzó a sonreír cautamente. En su linda cabecita loca empezó a filtrarse, a hacerse claridad dominante, la idea de sacudirse el yugo. Sin haber leído a Rousseau comprendió al fin que el mejor medio de llegar a la libertad es pasar por la dictadura. Y una noche, al regresar de su club, él encontró prendida en su almohada, con un alfiler (el alfiler si es propiedad exclusiva de las mujeres) una monísima hoja de papel discretamente bordada de azul, con la cifra de las iniciales de ella en el centro, que con la inconfundible letra de las alumnas del Sacré Coeur, que él le obligó a usar como patente de educación bien acuñada, lucía una sola frase:

Hoc habet.

Y él tuvo que recurrir a su docto confesor para que le tradujera el latínajo....

Juana de Ibarbourou

(Exclusivo para EL DÍA)



Pojecillo, "Crónica universal ilustrada", por Maso Finiguerra.

La historia del libro es tan antigua como la historia de la inteligencia humana, que buscó siempre, en la piedra, el papiro, el pergamino o la frágil hoja de papel, inscribir para la posteridad el sentimiento y la idea de los "seres de un día".

En Egipto o en Grecia, en la China o en la India, tuvo el prestigio de un testimonio directo de la dignidad intelectual, merecedora de respeto y consideración, no menos que entre los árabes, como lo consignan los cuentos famosos de las *Mil Noches* y *Una Noche*, donde los califas se apresuran a hacer grabar en letras de oro los relatos y poemas que les llegan al corazón, dignos de la inmortalidad, porque hallaban en la letra escrita la forma más espiritual de la supervivencia. Si es verdad que la escritura se vinculó en su origen, primordialmente, a las exigencias de la fe, en la necesidad de preservar las formas de la liturgia y conservar prácticas y rezos de índole mágica, no es menos cierto que, paralelamente a lo religioso, se desarrolló en la antigüedad una corriente de literatura profana, que

Ilustración
para la
"Prédica
dell'arte
de ben morire"
(autor anónimo).



canta la sencilla tarea de cada día, los amores humanos, el trabajo de los campos, el menester humilde, el éxtasis de la naturaleza, la gloria de la vida y el triunfo de la muerte. Pero en verdad, fue el libro piadoso el que monopolizó la dedicación de los copistas, culminando en el Medioevo con esas joyas inigualadas de los *Libros de Horas* entre los cuales no puede dejar de mencionarse el muy célebre del Duque de Berry. Libros destinados al señor, o regalo de éste a la castellanía, obedientes a la norma casi absoluta de que en ese tiempo el noble — y menos, la mujer — no sabía leer, los *Libros de Horas* dieron preferencia a la ilustración, la miniatura, sobre el texto, tratando de que aquella fuera lo más explícita posible. Todo el arte, la gracia, la destreza de esas láminas preciosas, tenía una inconcesada finalidad didáctica, debía decir a los ojos lo que éstos no alcanzaban a descifrar en los caracteres alfabéticos.

Pero el sentido artístico del libro va a aflorar definitivamente en el Renacimiento. La revolucionaria invención de Gutenberg determinó una evolución en el concepto del libro, divulgándolo y haciéndolo más accesible al hacerlo menos costoso; va a requerir papeles de mejor calidad, y éstos tentarán el gusto de dibujantes y grabadores, propiciando un esteticismo trascendente, que ubica al libro entre las obras de arte. El complemento plástico parece volverse indispensable, en un deleite por desplegar las novedades técnicas y embellecer los relatos. El dibujo y el grabado iluminan textos a veces áridos u oscuros. El arte imprime la huella de sus alas y el resplandor de su vuelo, saliendo de las sombrías celdas de la Edad Media a la clara luz meridiana del Renacimiento. Van a quedar, cual jalones de ese esplendente afán estético, libros como la *Crónica universal ilustrada*, hacia 1460, cuyos dibujos se atribuyen a un orfebre, Maso Finiguerra, que presenta gráficamente a los grandes héroes antiguos, caracterizados por una pródiga abundancia ornamental. El dibujo cobra un incremento cada vez mayor, y no se puede olvidar que los grandes escultores renacentistas serán siempre, también, dibujantes notables. No hablemos ya de Leonardo, genio multiforme. Pero los discípulos de Fra Angélico, de Filippo o de Lorenzo de Credi, Verrocchio o Gozzoli, Ghirlandaio o el Pollaiuolo, prueban el énfasis creciente de lo ideográfico, la imagen ideal captada artísticamente para perpetuar un sentimiento o un concepto, prevaleciendo en muchos casos en importancia sobre los mismos textos que los inspiran.

Es copioso el repertorio de libros ilustrados de esta época de auge estético. De viajes, como las *Peregrinaciones* de Breitenbach; de historia, como el *Tito Livio* de Vindelin; de matemáticas, como los *Elementa geometriae* de Euclides; de poesía, como los *Triunfos* de Petrarca, muestran las excelencias gráficas puestas en juego por editores preocupados por el cuidado de la presentación, por el adorno de las páginas con orlas y viñetas exquisitas, rivalizando en la calidad de los

El Esp del Re



Unos y Museo
"Crónica
universal ilustrada",
por Maso
Finiguerra.



(Arriba): Lucha de hombres desnudos, por Antonio Pollaiuolo. — (Abajo): Herodoto coronado por Apolo. Ilustración del "Herodoto" impreso en 1494 por los hermanos De Gregori.



volúmenes. Una obra extraña y singular, que podría compararse con una novela pagana, es la *Hypnerotomachia Poliphili*, cuyas ilustraciones simbólicas llaman la atención por su gracia, su delicadeza y su levedad poética. Entre Venecia y Florencia se estableció una competencia en la edición de libros ilustrados con alard de técnica y de primor artístico. Todas las artes concurren al prestigio del libro: la pintura, el grabado, la sanguina, el pastel, y la novedad cautivante de la carta tinta, o sea el papel de color rosa; azul, salmón, ocre; que gozó de suma predilección principalmente entre los florentinos.

En contraste con el luminoso espíritu del Renacimiento itálico, en Alemania la creación estética brinda un rostro generalmente pesimista y melancólico, y quedan en los libros también esos tintes adustos y admonitorios, a través de los grabados imperecederos de Durero, o en esas macabras ilustraciones de Holbein para los *Simulacros y rostros historiales de la muerte*, editado por Frechsel en Lyon en 1538. Y aunque otros artistas, como Cranach, escojan la gracia alegórica de temas mitológicos, lo que prevalece casi sin excepción, es el sentido del tiempo que pasa, la caducidad de la existencia y la obsesión de la muerte.

Pero en todas las latitudes, el amor por los libros, el cuidado de los dibujos y grabados con que se ilustran, revela el prestigio que rodea desde hace siglos a esos testimonios del ingenio humano, la reverencia casi supersticiosa que rodea a ese signo universal de la cultura, desde todos los tiempos. Porque en su contenido abarcan un mundo que no se desmorona, y son, por encima de lo que se creería el frío documento de la letra impresa, una cálida y pujante expresión de la vida, en diálogo permanente con las generaciones sucesivas. El Renacimiento, en su fervido amor por la belleza, en su revisión de los conocimientos antiguos a la temperatura de una sensibilidad nueva, comprendió estética y moralmente la trascendencia del libro en la formación del hombre y la elevación del alma, porque permite la evasión, el vuelo, la sobrevivencia. A través de todas las mutaciones de la historia y de todos los vuelcos de los gustos y las modas y modos del arte, una chispa divina está salvada porque siempre quedan lectores desvelados que en el refugio de la alta noche, van a encender la lámpara y reclaman el compañero silencioso, en busca de solución para las grandes interrogantes eternas; porque, como dice magistralmente Ventura García Calderón, es preciso que en las sumidades urbanas alguien vele repitiendo, como un telegrafista de lo invisible, el llamado que no tiene respuesta, para que siquiera dure en el mundo la dignidad humana de la pregunta.

Dora Isella Russell
(Especial para EL DIA)

(Las ilustraciones han sido tomadas de "El Renacimiento Meridional", de Andre Chastel. Ed. Aguilar, Madrid, 1965).

El Esplendor del libro Renacentista



Polifilo en la floresta oscura. Ilustración para "El sueño de Polifilo".

Los monumentos de París rejuvenecen



La fachada del Louvre durante la "operación limpieza" de columnas, capiteles, hojas de acanto, estatuas que destacan su belleza liberadas de las costras del tiempo.

Primer ensayo en el "Hotel de Ville".



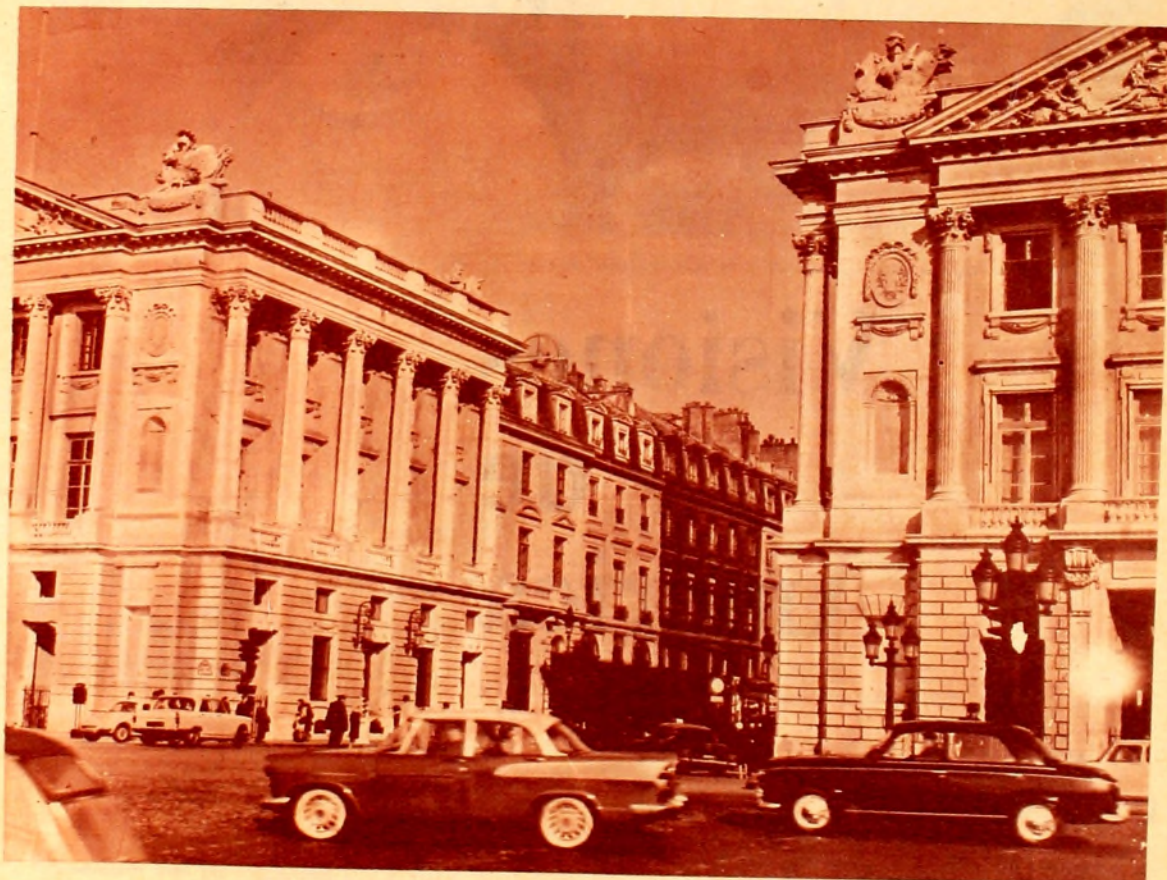
(Fotos de
Lucien Viguiel)



La "toilette" del monumento "L'Institut de France".



La "toilette" del monumento "Le Palais Royal".



La "Place de la Concorde", deslumbrante de limpieza.

PARIS se renueva en estos comienzos de primavera. La capital se quita el polvo de los años y la impregnación de hollín para mostrar un semblante claro y risueño.

Esta campaña comenzada en 1961 proseguirá durante todo este año y sus resultados felices aparecen ya en muchos sitios. La avenida de los Campos Elíseos, por ejemplo, ha recobrado ese aire juvenil que tenía en los buenos tiempos; después, los equipos de limpiadores se dedicaron a las hermosas mansiones situadas alrededor de la plaza de la Estrella. En cuanto al Arco de Triunfo, cuya cumbre se dora al sol mañana y tarde, cabe decir que conserva la eterna juventud de la gloria.

Por otra parte, esto de quitar a los monumentos históricos de París el claro oscuro de los años suscita muchas controversias. ¿Es lícito devolverle a Notre Dame el blanco vestido de sus primaveras iniciales? ¿Reconoceremos la Santa Capilla cuando se le despoja de la pátina de los siglos? Tales proyectos escandalizan a ciertos enamorados del viejo París, los cuales consideran que es lamentable tocar las armonías del gris, del negro y el plateado, obra sabia de los siglos.

Esta campaña de limpieza que se lleva a cabo en París suele ocasionar curiosos contrastes. En la plaza de la Concorde, el Ministerio de Marina se despertó una mañana con la cara resplandeciente, mientras que su hermano gemelo, el ilustre hotel Crillon seguía conservando su manto de hollín. Resultó de ello, en esta plaza que es un milagro de armonía, un contraste insólito y divertido. Pero el equilibrio no tardó en restablecerse al ser rejuvenecido a su vez el hotel Crillon. Continuando su tarea en los cuatro extremos de París, obreros afanosos levantan sus andamios y trabajan activamente. Calle tras calle, avenida tras avenida, la ciudad rejuvenece.

Las empresas encargadas de esta tarea utilizan diferentes procedimientos. Pulen la piedra con un disco rotativo o emplean productos químicos que limpian "pronto y bien"; para algunas fachadas utilizan pinturas especiales.

Se plantea un problema: ¿será duradero este rejuvenecimiento? Paralelamente se cumple un esfuerzo para sanear la atmósfera de la capital. No obstante, con el rejuvenecimiento de las fachadas ocurre lo mismo que con el de los humanos... no dura para siempre, pero se vuelve a comenzar...

Dentro de algunos años, los obreros volverán a trepar a sus escaleras ya que, si bien es cierto que un ligero tinte oscuro añade gracia al encanto de París, la capital no debe envejecer demasiado para tener un semblante alegre que anime a sus visitantes de cada primavera.

Jean Le Guével
(Exclusivo para EL DIA)



HAZ DE UNA VASIJAS MUY HERMOSA CON ESA TIERRA QUE ES TUYA.

Visiones de América

RASCACIELOS DE MANHATTAN. MIEL LUMINOSA DE ALTÍSIMOS PANALES.



I. — AURORA

UN nuevo día viene, se eleva... La vida nace una vez más. En los bosques se alarga una canción loca de abejas y de zorales. Se mecen los racimos de las flores de ceibo. Y allá lejos, en una choza, se apaga nostálgicamente la última lámpara...

Canción de frondas y de nidos.
Canción de arroyos y de playas.

Pero ninguna más hermosa que tu canción, humanidad.

II. — ALFARERO

Indio alfarero que contemplo en esta mañana del altiplano, modelando una vasija con esa tierra que es tuya, con esa tierra que un día fue de tus antepasados.

Indio alfarero: haz una vasija muy hermosa, emérate en pintar las más bellas flores, luego de haber modelado con todo tu instinto de artista las formas armoniosas.

Decora tu vasija con los motivos típicos de tu ambiente y dale ese color que la aurora muestra en sus frescos labios. Y dale asimismo ese azul de misterio que tienen las noches estivales, cuando los cactus parecen burilados en el cielo.

Indio alfarero: haz una vasija tan bella, tan bella, que pueda ser admirada por los hombres, en los días futuros. Tan bella, tan bella, que logre hacer pensar en el dolor de tu raza, en la mansedumbre y la heroicidad de tu raza. Que haga evocar tus días oscuros, tristes, lacios, sí, tus días lacios como tus cabellos, indio pensativo, bueno y solitario, indio hermano.

Así el Arte logrará, en cierta manera, vengar tus momentos de melancolía, tu soledad, tu abandono.

III. — IGUAZU

¿Escuchas, Schahrazada, esa música de plata?

Es la voz del Iguazú, agua viva de América, que une a tres países, agua llena de leyendas de hechicería. En la noche resplandece como una visión magnánima.

En la noche es una nueva Schahrazada, que cuenta y cuenta a quien sabe oír.

En la noche es tu hermana.

Trae el secreto de las frondas ardientes de sol y temblorosas de luna.

Y sus labios nos repiten el cuento de Yacy-Yateré y el de Nandé-Yara.

Ruedan también por sus ondas los Póras. Y a veces resplandecen como fuego los ojos de Mboi-Tatá, la serpiente fabulosa. Si la ves, peregrino, en esta noche rasgada por gritos de corujas, quédate quieto, quieto, sin respirar, sin mirar, y la serpiente desaparecerá. ¡No corras detrás de ella, que nunca, nunca habrás de alcanzarla!

Mboi-Tatá, la serpiente encargada de vengar, en las noches misteriosas, los sangrientos e inútiles incendios que el hombre hace en la selva misionera.

¿Oyes, Schahrazada, esa música encantada?

Es el Iguazú, con mensajes de Tupá, con relatos aromados de selva americana, con olor de raíces y de frutos, de sol ancho y de luna de brujería.

En la noche, Iguazú resplandece como una nueva Schahrazada.

En la noche, Iguazú es tu hermana.

IV. — VENTANAS

Rascacielos de Manhattan: radiante miel de altísimos panales.

Gritos que eleva con júbilo la Tierra.

Flechas lanzadas a un destino tenaz.

Rascacielos de Manhattan rutilando en la vasta noche.

Una ventana, otra ventana, cientos, miles de ventanas que dicen de vidas que luchan, que aman, de la encarnizada fe, de la rutina que enerva, de las existencias que caen abatidas, que vuelven a soñar, que recomienzan.

Rascacielos de Manhattan: los primeros que ven la aurora neoyorquina, cuando el pájaro azul de la noche deja en el horizonte su gran huevo amarillo.

Rascacielos de Manhattan: pedestales del absoluto mediodía.

Son ellos quienes dan el último adiós al día que naufraga en el Hudson.

En el fulgor sin fin de sus ventanas, dicen muchas cosas, muchas cosas: Quiero. Busco. Espero. Desespero. Creo. Pero hay una palabra, santo y seña de esos palacios: Lucho.

V. — MEDIODÍA

Una playa en el Pacífico mexicano. No Acapulco, ni ninguno de esos lugares que el turismo ha llenado de avisos cosmopolitas. No. Una playa muy pequeña, sin nombre, abriendo la gracia de su bahía. Y es la hora de la siesta. La muchedumbre de palmeras dice su monótono arrullo.

Las abejas dialogan con las cigarras y con los grillos.

En las bugamvillas y los laureles rosa, el picaflor deja su beso rápido, ardiente, trémulo, fugaz.

Y de la tierra se alza un vaho que es como un gran sándalo.

¡Oh beatitud de olvido!

En esta hora luminosísima, ¡cómo se colma el corazón!

¡Cómo perdona al enemigo el gesto ruin, el ojo amargo!

Gastón Figueira

(Especial para EL DIA)

Así lo han bautizado. Y en realidad se merece tan pomposo nombre. Está a pocos kilómetros de Innsbruck, en el Tirol austriaco, al pie de las más espectaculares y monumentales montañas, Las Dolomitas. Se ofrecen a la vista los panoramas más maravillosos de Europa. Inmensas montañas grises y ocres, en las formaciones de piedra más caprichosas y extravagantes; parecen castillos en ruinas; bosques de retados pinos, y más abajo hermosos valles verdes se semejan jardines. Las casitas tirolesas parecen tuchas para muñecas en medio de esa naturaleza ganesca, rodeadas de canteros llenos de flores; sus setigos verdes y sus cortinitas blancas almidonadas, urece que fueron terminadas ayer para que las admimamos hoy.

El grandioso espectáculo de esta naturaleza fantástica no parece real, sino una escenografía pintada por una imaginación en fiebre.

El viejo camino romano trazado en el siglo XIII así no ha sufrido modificación, sino que, con los cursos modernos, se ha rectificado en lo posible y ha transformado en una magnífica auto - ruta. Por ella, cada año pasan millones de adoradores del sol que emigran de los crudos fríos de Inglaterra, de Escandinavia, de Alemania y Francia, buscando el sol azul y cálido de la bella Italia, con sus viñas aduras, sus verdes palmeras, respirando el perfume aromático de los manzanos en flor, que hace vibrar el aire dulce de Merano.

En su oficina en Innsbruck en el Tirol, interrogué al Ingeniero Schwarz, uno de los principales autores

del puente de que vamos a hablar y le pregunté si el emplazamiento del puente seguía un propósito deliberado, y me contestó simplemente: Antes, el puente se hubiera proyectado primero buscando el sitio más favorable y la solución más económica; y después se hubiera construido la ruta. En esos tiempos los vehículos eran lentos y los caminos de acceso podían tener inmensa cantidad de virajes salvando las alturas. Ahora es la auto - ruta que tiene la prioridad y el puente debe estar implantado en donde el camino lo exige.

Hay dos cadenas de montañas paralelas y entre ellas el profundo valle del Sill; la antigua carretera romana bajaba haciendo innumerables zig - zags por la escarpada vertiente hasta llegar al fondo en donde corre el río, pasaba un pequeño puente y subía en penosísimos y peligrosos zig - zags por la vertiente opuesta.

Evitando este largo y vertiginoso camino es que se ha tendido el puente más espectacular del mundo, seguro, funcional, casi monstruoso, y que se funde de una manera estética con el paisaje.

Hay realmente belleza y poesía en esta obra de arte, símbolo de la ciencia y del coraje, de la imaginación audaz, unida a una impresionante y simple elegancia.

Este puente sobre sus cinco pilares de 190 metros de alto, pilares que son huecos y que por el interior de ellos se desarrolla una escalera de más de 600 peldaños de hormigón, que para subirlos se necesita tener buenos pulmones y sólido corazón, parece una gigan-

tesca chimenea y sus paredes decrecen de espesor, a medida que suben, hasta tener en su cumbre solamente treinta centímetros.

Es la primera vez que se construyen pilares tan elevados con paredes tan finas. Uniendo estos formidables pilares se desarrolla un tablero de más de 320 metros de largo, hecho de hormigón armado.

El secreto de su belleza reside en el espíritu de economía que ha presidido su construcción. No hay ningún elemento inútil y todo a la vez es monumental y simple. Parece una cosa viva; cuando los rayos del Sol lo bañan durante el día, se registra un alargamiento del puente, por el calor, de más de cinco centímetros. Durante la noche vuelve a su posición primitiva. Su construcción duró cuatro años.

Sobre una colina que domina el puente, se ha erigido una capilla moderna con un alto campanario que contiene dos campanas. Su altar está sobre el centro exacto del puente; que se percibe allá abajo al través de una simple cruz de bronce. Sobre su entrada hay una inscripción en la que se lee: "En nuestros días, cuando los pueblos libres de Europa se aproximen más los unos a los otros, esta auto - ruta del Brennero y el Puente de Europa están destinados a no ser solamente medios de comunicación, sino símbolo de unión y de porvenir venturoso.

Este hermoso puente es el resultado de una feliz colaboración entre la inteligencia, la ciencia, la materia y el buen gusto.

Arq. VAZQUEZ BARRIERE
(Especial para EL DIA)

Crónicas de viaje

El Puente de Europa



El puente de Europa, de 320 metros de longitud, y atraviesa por 675 metros el valle del Sill, en una altura de 190 metros sobre el río.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



• LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. Por Raymond Cartier. II tomos. 384 y 392 págs., respectivamente. Ed. Paris - Match - Larousse. Paris - México - Buenos Aires, 1966. Distribuye: Surd S. C., Santiago de Chile 1286.

La segunda guerra mundial, fue un fenómeno histórico de características singulares, que propició por toda Europa el fuego de la destrucción, el odio y la muerte, encendido por la ambición vesánica de uno de los dictadores de más sombrero recuerdo de todos los tiempos. Faltaba la obra que resumiera con equilibrio y objetividad, un movimiento tan vasto, tan complejo y múltiple, en el que entraron en juego todos los intereses y afanes de grandeza y de gloria de muchos hombres y de muchas naciones, que se repartieron por igual los errores, los sacrificios, y los heroísmos. Ha aparecido ahora en nuestra lengua, constituyendo una de esas obras monumentales a las que se deberá volver siempre cuando se trate de esclarecer el tema. Su autor es Raymond Cartier, el brillante corresponsal de Paris-Match, que la ha redactado con sus propias informaciones y las de un equipo de colaboradores que han aportado documentos invalorable, haciendo de este libro un testimonio capital en la historia contemporánea.

Fuentes inobjetables, fotografías de una elocuencia que hace innecesaria la explicación o el comentario, avalan la reconstrucción de esos años convulsos que costaron tantos millones de vidas jóvenes.

El primer tomo, que comienza con una rápida revisión de los orígenes de Hitler y de su rápida ascensión a la dictadura, presenta el panorama de los triunfos militares nazi y la expansión de un

poderio temible y amenazante, con episodios dramáticos como la invasión de Polonia, la batalla del Mosa, la épica evacuación de Dunkerque, la caída de Francia, la traición japonesa en Pearl Harbor, la ofensiva alemana a Sebastopol. En el segundo tomo, se sigue historiando el proceso de la guerra que evoluciona en forma inesperada en virtud de la titánica pujanza de las fuerzas aliadas, la derrota del ejército alemán en Rusia, aun más que por los hombres por los rigores del invierno, la defensa de Stalingrado, la derrota de Rommel en África, el enfrentamiento victorioso de los americanos con los japoneses, el fin de Mussolini, la etapa gigantesca de Normandía, la liberación de Francia, el suicidio de Rommel, la muerte de Hitler, el fin de la guerra, en la que intervinieron figuras de notoria gravitación, como Churchill, Roosevelt, Mac Arthur, Montgomery, De Gaulle, Eisenhower, por no citar más, que el lector encontrará en las páginas vivas y actuantes, animados por el estilo ágil de un autor que se vale de su técnica de periodista, para vigorizar la narración, apoyándose no sólo en la información de fondo, sino en el detalle menudo, lo cotidiano, el toque que humaniza a esos soldados y los acerca al presente en sus hábitos, sus gestos, sus peculiaridades, individualizándolos y quitando ese aspecto de abstracción que cobran, en letras de molde, los protagonistas de estatura universal vistos a distancia. Las rabietas o el apetito de Churchill, las cobardías y patalatas histéricas de Hitler, el pijama rosa de un general o el corsé y la peluca de otro, no "hicieron" la guerra, son un detalle adjetivo, y, sin embargo, confieren un interés de cercanía y de intimidad que hace participar en la lectura desde adentro.

Las impresionantes fotografías que profusamente ilustran el libro, los mapas y planos, así como las tablas cronológicas que resumen ajustadamente el desarrollo de la guerra, son el mejor complemento del texto. Insistimos en la calidad del mismo, en su amenidad que atrapa e impide al lector evadir la lectura.

una vez comenzada, y, en una palabra, en el valor directo de una obra que fue escrita por un actor y testigo, como corresponsal, de muchos de los episodios que relata, y que, espectador de los sucesos, se convirtió en historiador de los mismos, escribiendo un memorial sobre la segunda guerra mundial único hasta ahora.



POETAS UNIVERSALES

Poema

Te pregunté por mí, parado río,
agua muerta, dormida,
te pregunté por mí cuando cansado
me liberté del bosque en tus orillas.
Yo que sobre tus aguas tantas veces
alegre juventud multiplicaba.
¿Has podido olvidarte de aquel tiempo
para pintarme así bajo otras nubes?
Mi nueva edad y el cielo gris me dicen
que olvida el agua tanto como el hombre.
Aunque temo que no, que ya no olvides
esta mi nueva forma dolorida.

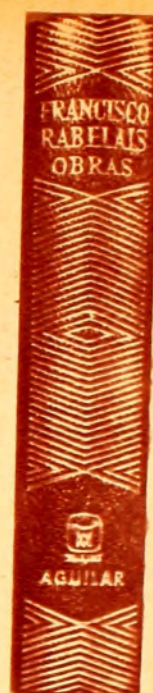
Manuel ALTOLAGUIRRE
(España)

De POEMAS DE LAS ISLAS INVITADAS

• VOLANDO SOBRE LOS ANDES TENDIDOS. Por Maruja González Villegas. Montevideo, 1967. 67 páginas.



mana simpatía. Esa dimensión tan especial que es el tiempo cuando se está suspendido en el aire por muchas horas, crea una rápida intimidad, propicia para que se intercambien anécdotas e historias, que son la verdadera trama de este breve volumen.



GARGANTUA Y PANTAGRUEL Y OTROS ESCRITOS

Traducción del francés y notas por E. BARRIOBERO Y HERRAN

Prólogo de LUIS HERNÁNDEZ ALFONSO
con 15 ilustraciones



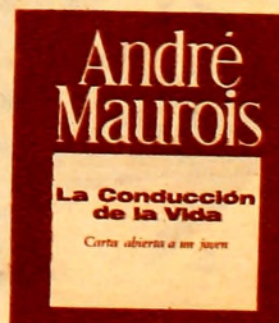
• GARGANTUA Y PANTAGRUEL y otros escritos. Por François Rabelais. Ed. Aguilar. Madrid, 1967. 999 págs. Distribuye: Aguilar Uruguay S. A. Andes N° 1406.

El singular ingenio de Rabelais se une habitualmente a la chocarrería licenciosa de su Gargantúa o de su Pantagrúel, y a la leyenda tejida en torno de su vida, que, por la índole de su literatura, se asocia a un tipo de existencia totalmente en desacuerdo con la verdadera conducta del autor. Lejos éste de participar del desenfado de costumbres que pinta en sus páginas más famosas, fue un monje austero y un médico erudito, de vasta cultura, que se dedicó a escribir con intención satírica criticando la realidad y los hombres de su época. Se le ha censurado por la libertad del lenguaje, los vocablos obscenos y las descripciones de mal gusto en que incurre, olvidando que eran cosa natural en su tiempo, aun en las más altas esferas sociales. Pero lo importante es el aporte que hace Rabelais a la lengua francesa del siglo XVI, enriqueciéndola y flexibilizándola. No pidamos a sus libros refinamientos líricos, trozos poemáticos; en ellos campea la rotunda naturalidad de la vida, las funciones más animales expuestas con total desnudez, al punto de resultar molestas para nuestro concepto actual del pudor y el gusto. Pero la jocunda vitalidad de sus personajes atraviesa victoriosamente más de cuatro siglos, y esta buena traducción castellana nos pone en las manos a uno de esos autores que integran la galería de los talentos cimeros de cada siglo.

El Mundo en el Libro

por WRIOTHESLEY

• LA CONDUCCION DE LA VIDA — CARTA ABIERTA A UN JOVEN. Por André Maurois. Ed. Goucourt, Buenos Aires, 1967. 170 páginas.



Con esa serenidad que da el aconsejar desde la altura de los ochenta años. Maurois se dirige a un joven que le pide orientación para la vida. Una lección de confianza se desprende de las palabras

del maestro, que afirma que se abusa del descreimiento al decir que vivimos en un abismo, pues "los hombres han vivido siempre sobre un abismo, y amaron, trabajaron y crearon". Cree en la permanencia de los valores morales, y cita cuatro puntos de apoyo para el desenvolvimiento de la personalidad; vivir para otra cosa que para uno mismo; actuar; creer en el poder de la voluntad, y pertenecer a esa clase de hombres que nunca decepcionan. La lectura es estimulante, aunque no siempre resulte posible alcanzar las premisas que postula.

Tarzan

Por EDGAR RICE BURROUGHS



NOS LANZAREMOS Y DEJAREMOS QUE EL AVIÓN SE ESTRELE EN LA SELVA.

¿Y EN-
TONCES?

TM Reg. U.S. Pat. Off.—All rights reserved
© 1967 by United Feature Syndicate, Inc.



¡MIRA, GALINDA! ESTAMOS CERCA DE LA CIUDAD Y PUEBLO DE TABOU.



DESDE ALLÁ VIAJAREMOS A LA AMÉRICA DEL SUR... DONDE JUNTOS VIVIREMOS FELICES.



¡AHORA SALTA! YO LLEVARÉ LA BOLSA DEL DINERO.

¡NO, FARAK! ¡GRACIAS! NO SEGUIRÁS VUELO EN EL AVIÓN CUANDO YO SALTE.



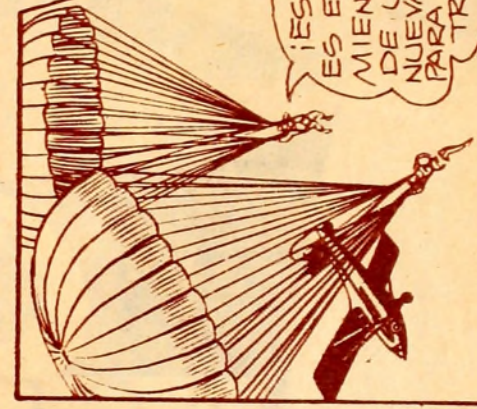
¡EL AVIÓN, NO! PERO NOSOTROS, SÍ, GALINDA!



¿CÓMO? ¡PARACAIDAS! PONTE ESTE Y PREPÁRATE A SALTAR.



¡UJ! ALGO HA CAIDO DE ESE AVIÓN.



¡ESTE ES EL CO-MIENZO DE UNA VIDA NUEVA PARA NOSOTROS!



¡NO, GORDO! ¡PARA MI!



¡OH! ¿QUÉ HACES CON ESA PIS-TOLA?

En su barrio, para su comodidad, una agencia de avisos económicos de

EL DIA

• CIUDAD VIEJA, 25 de Mayo 619 • CENTRO, Río Branco 1212; 18 de Julio y Yaguarán • CORDON, Av. 18 de Julio 2022; 8 de Octubre 2676 • PUNTA CARRETAS, Brño del Pino 810 eq. 21 de Setiembre • PARQUE RODO, Consi-
tuyente 2007 (Ag. Perreglia) • POCITOS, Juan Benito Blanco 914 • TRES
ESQUINAS, Comercio 1821 • MALVIN, Orinoco 5048 y Michigan • PUNTA
GORDA, Avda. Gral. Paz 1421 • CARABASCO, A. Schroeder 6465 • UNION
Av. 8 de Octubre eq. 4, Abreu (Kiosco Unión); Av. 8 de Octubre eq. Pirineas (Kiosco

Marofas • LA COMERCIAL, Av. Garibaldi 2559 • GOES, Av. Gral. Flores 2942
• CERRITO, San Martín 3491 • ITUZAINO, Av. Gral. Flores 4996 • PIEDRAS
BLANCAS, Cuch. Grande y T. Rinaldi • ARROYO SECO, Av. Agraciada 2612 bl.
CAPURRO, Uruguayana 3513 • PASO MOLINO, Avda. Agraciada 4109 • AGUA-
DA, Sierra 1906 (Agencia Progreso) • PRADO, Cno. Castro 838 c. Millán • BE-
DUCTO, Guadalupe 1490 • RIVERA, Avda. Rivera 2621 • VILLA DOLORES, Fran-
cisco J. Muñoz 3412 bl. • CEBINO, Avda. Carlos M. Ramírez 1666 eq. Grech

EN EL INTERIOR — CANELONES, Treinta y Tres esquina Rodó; Plaza 18 de Julio
(Kiosco Inalidi) • SANTA LUCIA, Bazar "El Tributo" Rivera 488 bl. • LA PAZ, Avenida
Batlle y Ordóñez 215 (Bazar Jorgito) • LAS PIEDRAS, Avenida Arriaga y Lavalleja
(Kiosco Luisito, Plaza); Estación Ferrocarriil (Kiosco Luisito) • PANDO, General Ar-
tigas 895 • SAN JOSE, Mensajería Cita • PARQUE DEL PLATA, Calle 2 esquina H.
• AGENCIAS NOTICIAS "EL DIA" EN PAYSANDU, SAILO, RIVERA Y PUNTA DE
ESTE.



Comprar lo que le plazca ?
sin moverse de su barrio ?
para usted ? para su hogar ?

Créditos **ACREDITADOS** **Soler**

Con un **Crédito** ACREDITADO **Soler** hay crédito para rato !!
AGUADA • CENTRO • CORDON • UNION • LAS PIEDRAS